Colección
Poesía
*

1



LA TIENDA DEL KIRGUISE

LA TIENDA DEL KIRGUISE

Marina Gurruchaga Sánchez

Ediciones La Tienda del Kirguise

Mortera
2011

Primera edición, septiembre de 2011

Ediciones La Tienda del Kirguise

Autora: Marina Gurruchaga Sánchez
Ilustración de la portada: Margarita Gurruchaga Sánchez

I.S.B.N.: 978-84-615-1180-8
Impreso en Imprenta Pellón

Dedico este libro a mis amigos
Ramón Sarrallé, Elisa Abad, Nieves Sánchez y
Mariano Gómez de Vallejo

UNA CASA EN LA MONTAÑA,
UNA TIENDA,
UN JARDÍN.

Quienes traspasaron el umbral de *La puerta de Volterra* y descubrieron los deliciosos jardines que se ocultan tras sus páginas, reconocerán, al penetrar en *La tienda de Kirguise,* el inconfundible lujo verbal y plástico de la poesía de Marina Gurruchaga, la delicadeza de sus imágenes, la precisión del concepto, la trascendencia y sinceridad de la emoción.

En *La tienda de Kirguise* volvemos a encontrar los temas recurrentes de *La Puerta de Volterra*: la contemplación del momento, la Creación como un todo eterno y universal que se renueva constantemente, la consciencia de nuestra propia muerte como parte inevitable de ese ciclo vital.

La melodía es la misma, pero la voz ha cambiado, ha mudado su timbre, se ha serenado, se ha dulcificado. En *La puerta de Volterra*, el canto era largo, pausado, introspectivo, y buscaba voluntariamente la objetividad, como si de alguna forma, la poeta quisiera extrañarse de sí misma, prescindir de sus propias emociones para convertirse en portavoz de las emociones humanas. En *La tienda de Kirguise* escuchamos ahora un cantar más breve, más directo, más íntimo: el soliloquio reflexivo se convierte en amistosa confidencia a media voz. La experiencia de la maternidad de la autora parece haber transformado su voz poética, como una fuerza nueva y vivificadora que alisara asperezas existenciales y anclase a tierra el alma; como si la hiciera descender, desde el extrañamiento de la meditación metafísica, hasta la cercanía del mundo tangible, minúsculo y dulcísimo del hogar.

El título, *La tienda de kirguise*, alude a la vivienda móvil de los pueblos nómadas del Kirguistán. Es un hogar sencillo y acogedor, que nos proporciona un descanso confortable y nos protege del viento, la lluvia, las tormentas de arena; sin embargo, una tienda de cuero no deja de ser un habitáculo frágil y vulnerable, indefenso ante las fuerzas desatadas de la naturaleza, los incendios, los huracanes. La tienda de Kirguise es una metáfora del hogar: dentro nos sentimos felices, protegidos, a salvo del mundo exterior y sus insidias. Y sin embargo, el miedo a perderlo nos puede llegar a producir una angustia insoportable.

Esa terrible posibilidad, la de *la muerte que nos ronda los jardines / donde siembro entre flores conocidas / los caminos donde juegan nuestros niños* (poema 1) produce un inmenso desasosiego y un tremendo sentimiento de injusticia ante lo que sería un horrible crimen contra natura, pues la muerte de un ser que no ha tenido tiempo aún de generar nueva vida supone una quiebra en el ciclo vital:

La muerte del joven es una violencia / Es un asombro, / Una blasfemia
(poema 20).

Sin embargo, la muerte como fin natural de todo ser vivo se acepta con serenidad, puesto que la naturaleza es cíclica y eterna. Todos los seres humanos, como los animales y las plantas, desaparecen como individuos, pero cada vida es solo una gota de agua en la corriente de cada especie, que fluye indefinidamente. Aunque su título sugiera el fin del mundo, el poema 8, APOCALIPSIS, expresa con gozo la plenitud de saber que la naturaleza seguirá su curso cuando nosotros no estemos, que nuestros hijos nos sobrevivirán:

Sembraremos / riendo la hortaliza / ahuecaremos su nido /
con el dedo en la tierra / y pujará, / aunque hayamos muerto.

En el poema VII de la serie de Constelaciones "Antares", se interpela a la Muerte sin miedo, con afecto, como una amiga que responderá nuestras preguntas:

Hoy eres cita / Sonriente que anula las preguntas / Ya por siempre, /
Y me emboca en torbellino a tu final, / Que es el principio.

La paradoja de que los objetos que nos han pertenecido nos sobrevivirán, que aparecía ya en la *Puerta de Volterra*, reaparece aquí pero de forma brevísima, esencial, como algo ya consabido. En el poema 15, se obvia incluso la palabra muerte: Las cosas no. / Siguen allí cuando nos vamos. / Pero ya no son nuestras. En el poema 9 (Oro) se declara que los objetos sólo tienen un triunfo efímero sobre la muerte (poema 9), pues su esencia está en el uso que les damos y en su poder de evocación, de modo que, cuando nosotros muramos, ellos también dejarán de vivir.

La Naturaleza es lo único que permanece. Aparece siempre como un todo sedante, libertador, a menudo a través de imágenes de colinas o caballos; por el contrario, el mundo exterior está lleno de asechanzas y

es origen de inquietudes. El jardín, un espacio natural aunque privado, es también una metáfora del hogar, como lo era la tienda de Kirguise. La tienda no es una edificación del todo artificial, pues está fabricada con pieles de animales y se planta en medio de la naturaleza, sobre los pastos, en horizonte libre o en la más alta montaña (poema 1); el jardín, del mismo modo, es un espacio natural en el que nos sentimos a salvo y protegidos, en el que cultivamos nuestra tierra y criamos a nuestros hijos, que son también parte de la tierra, como nosotros mismos. En el poema 6, JARDINES CONSOLIDADOS, el jardín es un remedo de naturaleza que va haciéndose, creciendo, afianzándose; simboliza el hogar y la maternidad. En la primera parte, vemos crecer –consolidarse- el jardín, desde el terrón informe y los desechos, la basura artificial con que se compacta el terreno:

Cuando el césped / como el vello infantil sobre el remedo / de la selva, / comience a apuntar y lo cubra / de sus necesidades de futuras flores, y arriates / y arbustos que den bayas, / aún no será suficiente.

La segunda parte del poema nos revela que, sin embargo, el jardín no participa de la plenitud de la verdadera Naturaleza, faltará la eternidad que en las humildes colinas se derrocha.

El poema 25, OSARIO, expresa la perfección de la Naturaleza de una forma bellísima. Es un canto a la tierra como cuerpo universal del que todos formamos parte. La tierra es un gran osario formado por los huesos de todos los que han vivido, los que vivimos, los que vivirán. Se relaciona con la experiencia de la maternidad, porque la madre es también tierra que genera vida en su interior:

La tierra se va formando muy lentamente, / como los brazos y los dedos de un niños / que crecen silenciosos, en la gruta de su madre. / La hierba, a la tierra, le es / un peso dulce y soportable. / Como las nalgas de un niño acodadas / sobre el trono de una pelvis palpitante. / La tierra que amansando en sus tinajas / el polvo de los huesos y las sangres / sopla en las flautas de las tibias / y derrite espadas, y desata broches.

La Naturaleza es inmutable, es una realidad segura, dulce, benéfica. Ese árbol es joven / y parece más antiguo aún que la propia tierra porque siempre ha estado ahí, aunque no haya sido siempre el mismo. Las nubes van llegando del oeste, son el tiempo que cambia

las cosas y lo mudan todo. Mudan la vida entera. El paso del tiempo es el alma, la esencia de este mundo siempre cambiante y siempre idéntico a sí mismo.

Como la misma tierra, la madre alberga en su interior una semilla, que más tarde germina y crece. La madre cuida del hijo, lo protege, lo alimenta y, al hacerlo, participa de forma activa en ese ciclo vital que nos hace perpetuarnos en el mundo, como se perpetúan los árboles, las plantas, las aguas de los ríos. La madre tiene la misión trascendente de generar vida que nos salve de la muerte, que prolongue nuestra efímera existencia, pues en los hijos viviremos nosotros y los que nos precedieron. El poema 28, MADRES EN LOS PARQUES, es un sencillo y hermoso canto a la maternidad, al tiempo que un homenaje a todas las madres anónimas Centinelas, vigías, arúspices / Estafadoras, sibilas y amantísimas que comparten la complicidad grandiosa y cotidiana del cuidado de los niños.

Sin embargo, la experiencia de la maternidad aparece a veces como una entrega dolorosa que nos anula como individuos. Así, tras la aparente tranquilidad de las imágenes de algunos poemas, late un profundo desasosiego que se relaciona con el problema de la identidad, el de encontrar la esencia del yo en la continua contienda entre quién soy, quién era y quién quiero ser. En el poema 10, la maternidad aparece como un tributo o sacrificio al ciclo vital: La madre tiene que morir, anularse, para que otros –los hijos- crezcan y den nueva vida.

Es verano, / pero a causa vuestra. / Al calor del fuego de la infancia / La estación no me pertenece. / Pues es que ya he muerto, / pues es que otros pujarán

Otras veces, los poemas aparecen traspasado de un pesimismo más abstracto, sin un motivo aparente; un “dolor de existir” que encuentra explicación en sí mismo, en la propia existencia del sufrimiento:

Dolerse es también soñar / que el dolor acabe. / Y el dolor, que es también /Deseo, / Y el deseo, que es permanecer / Con terquedad, dolor /Que acabar no quiere. (poema 14)

La poeta encuentra placer, descanso y sosiego en la naturaleza, en el jardín, en lo nimio y cotidiano, en el refugio seguro y confortable del hogar, que a veces aparece como una pequeña casa en las montañas,

alejada del mundo. Por el contrario, el mundo de los otros, el mundo exterior, se ve a menudo como una realidad hostil. En algunos poemas resulta patente el rechazo a la hipocresía, la soberbia, la vanidad y el materialismo que rigen a menudo las relaciones sociales:

aprendí a ser tasado y a tasar / los apéndices metálicos del insecto Hombre (poema 12).

El poema 24 (PROPUESTA) es un reto altivo a los que nos quieren hacer daño; el poema 11, un grito de protesta, casi un reproche a Dios ante lo injusto de un mundo imperfecto:

Deberíamos ser salvados definitivamente / De la suciedad de la tierra.

Sin embargo no todos los Hombres son soberbios o vanidosos, el poema IV REGULUS, de la serie de Constelaciones, rinde homenaje, tributo y recuerdo a todos aquellos seres que tuvieron el Corazón del León, a aquellos que vivieron su vida con coraje, sencillez y entrega al prójimo: Estáis escritos, sois recordados.

Los ocho poemas de Constelaciones se compusieron "por encargo", a partir de la sugerencia del nombre de ocho estrellas. Los nombres de las estrellas le sirven a la poeta para evocar imágenes con las que recrea sus temas recurrentes o para encontrar nuevos hallazgos expresivos.

Brevedad, concisión y esencia son las notas dominantes en La tienda de Kirguise. Se prefieren los versos cortos, los poemas breves; a veces simples dípticos, casi jaculatorias, que inciden en temas también esenciales y eternos. Las imágenes, bellísimas, recrean el dolor de existir, la plenitud de la Naturaleza, la experiencia de la maternidad. Dentro de La tienda de Kirguise encontraremos un espacio sosegado e íntimo en donde refugiarnos de las inclemencias del mundo exterior. Penetrad en ella, recostaos sobre sus mullidas alfombras, apoyad la espalda sobre los sedosos cojines y disfrutad de la calma sencilla y lujosa que nos ofrece. Todo un regalo para el espíritu.

Elena Galiano

Tu lado de la cama es pasto frío
donde planto mi tienda de kirguise
y suspendo la vigilia por mis hijos,
porque tengo que domar en la llanura
a un caballo pardo que aún no sabe nada.

Tu lado de la cama es un carámbano,
horizonte libre o terrible empinamiento
sobre la más alta montaña de la tierra,
donde sueño que no nazco todavía
o que yazgo entre la nieve como Mallory.

Es tu lado de la cama el que me gano
tras de cada batalla que imagino
con la muerte que nos ronda los jardines,
donde siembro entre flores conocidas
los caminos donde juegan nuestros niños.

Es por amor, pero deshazme,
Insiste en la erradicación de mi voluntad alegre,
Consume hasta las heces la razón de lo que fui
De forma que ni yo me reconozca.
Porque arranqué gustosamente los pilares
De mi templo, lo hice con crueldad
Y con desprecio hacia mis años
Y los tesoros que en su vientre se guardaban.
Olvidé la fe que a mí debía,
Fiándole al capricho del ajeno
La restauración de la rosa de mi mundo.
Y es por amor que, aunque lo sé, sigo esperando
Una nueva vida antes de la muerte.
Es por amor que no puedo morir en Primavera.

Para este árbol amarillo que se va muriendo de la tarde
En víspera de la fiesta de los muertos,
Qué poco significa lo que he sido
Yo, quiénes mis hijos, con los que hablé
Que ya pasaron. Sólo la hierba húmeda
Gotea del crepúsculo su rojo envés de frío y sueño.

CABALLOS

La colina misma parece
La grupa de un caballo.
Ascienden, grandes y fríos
Abriendo la uña violeta
De la tierra empapada.
Algo están callando. O saben
Del sendero de la araña,
De las moras abrasadas por la niebla
Y del viento que nunca reconoce.
Sobre él, martillea
Humano y leve, a lo lejos
El trabajo humano.

Despierto en otra ciudad,
Pero el cielo me ha seguido
Hoy hasta aquí.
Yo siempre lo rastreo, hundo
Mi dedo en él, los ojos
En su agua matinal
De lavadero frío.
Como palomas, bajo mi ventana
En la parada de autobús
Se congregan aquellos que madrugan
Los domingos, tan hospitalarios.
Tengo un sueño alquilado hasta las doce,
En este hotel como huevo embrionario
Que cobija mi demanda de café con leche.
Los programas en la tele
Sobre otras religiones, o sobre delfines
Suicidados en las playas
Aquí si me interesan.

JARDINES CONSOLIDADOS

Los terrones se hicieron tierra, así como
Los fragmentos de lavadoras,
La espuma
De poliuretano y los ladrillos
Ubícuos como el oro.
Cuando el césped
Como vello infantil sobre el remedo
De selva,
Comience a apuntar y lo cubra
De su necesidad de futuras flores, y arriates
Y arbustos que den bayas,
Aún no será suficiente.

Faltará la eternidad que en las humildes
colinas se derrocha,
bajo cualquier guijarro, o que aparece
volteando
el rostro de la losa, taladrado
de lluvias y de fríos y mordiscos
de salado liquen;
la que en la roca madre
que nunca nuestro género
pudo alcanzar, espera aquellos fuegos
del orígen que regresen,
que hagan puro nuestro mundo todo.

PEQUEÑA FAMILIA – JOB

Porque todos somos y seremos
Job,
Porque querríamos
Inmóviles, piedra y nube,
Aunque morir

No

Porque seguimos
hostigando a nuestro Dios,
con verde varal
y a la sombra del alma
cuando llega a abrevar
Amor.

Te he llorado, como si fueran míos
¿Qué es tu Misericordia?
Ofrecí rescate suntuoso,
Pero Tú
Tal vez no necesites sacrificios.

APOCALIPSIS

Sembraremos
Riendo la hortaliza,
Ahuecaremos su nido
Con el dedo en la tierra

Y pujará,
Aunque hayamos muerto,
O debamos huir,
O en el otoño abandonen los caballos
La colina herbosa.

Oro,
Escaso,
Eterno.
Celebramos el triunfo,
Efímero sobre la muerte
Con ajorcas tuyas, con collares
Y aretes,
Que hagan de nuestra voluntad
Espada verdadera para hundir
En el pecho del tiempo.

Es verano,
Pero a causa vuestra.
Al calor del fuego de la infancia
La estación no me pertenece.
Pues es que ya he muerto,
Pues es que otros pujarán,
A mis espaldas, para ver un mar más blanco.
Pues es que ya puedo separarme
de este mundo y de mí,
pues es que, como un templo querido,
he sido de una vez reedificada.

Deberíamos ser salvados definitivamente
De la suciedad de la tierra.

A los treinta y ocho años
Descubrí el capitalismo.
Yo antes pensaba que todos me adorabais
Y quizás la espontaneidad de mi creencia
De verdad reclamara por cierta la sospecha.
Más tarde aprendí que hay caminos
Indirectos que suplantaron, entre las almas,
el más certero de los ojos o las risas.
Aprendí a ser tasado, y a tasar
Los apéndices metálicos del insecto Hombre,
Estuvieran o no prendidos de su cuerpo.
A defender un territorio del tamaño del "No",
A no olvidar nunca, a batallar
Cada palabra y cada gesto, a mendigar
Ser digna de los malos sentimientos.
Y luego, si tú también te has despertado,
Y conoces un poco más de aquella urdimbre
Nuestra, que pasa por ser "la vida",
Y consecuentemente te retiras del comercio humano,
Algo se te ha muerto, perpetuamente se ha escarchado
Ya. Queda por imposible
La posibilidad adolescente de encontrar
El amigo del alma, el confidente eterno, el Yo
Dorado. Y quizás hay que buscar,
Al otro lado de ti, más dentro incluso,
Al Hombre auténtico, que nació sólo una vez,
Que nunca te derrota.

Reservo mi memoria para el árbol
Que no fue, jamás, pintado,
Que no es real siquiera,
Pero que existe
Para sí, antes que yo lo mire.
Vienes a mí, eres el Mundo
Que se impone.
Nadie te mancilló,
Inconmovible me maravillas
Y me golpeas.
¿Por qué esta pena sigue siempre,
Como la nube al árbol,
Lo roza y sólo lo abandona
Dejándolo empapado?
Sólo tú, allí en lo alto
Del monte, o en la vega
Humedecida.

Dolerse es también soñar
Que el dolor acabe.
Y el dolor, que es también
Deseo,
Y el deseo, que es permanecer
Con terquedad, dolor
Que acabar no quiere.

Las cosas no.
Siguen allí cuando nos vamos.
Pero ya no son nuestras.

VARIACIONES SOBRE
"GOING OVER TO SUSAN´S HOUSE" (Eels)

Nueva York yo creo que es una ciudad
Donde quienes llegan, y le son ajenos,
distienden sus lazos y quedan
Abandonados, más no a su pesar,
Como cestos deshechos, Moisés sin esperanza
En el gélido río extraño que siquiera se dio cuenta
De que ya no son terrosas sus riberas.
Supongo que cualquiera podría encontrar algún trabajo
Y durante cierto tiempo agradarle ser parte del icono;
Incluso tener allí un apartamento, vivir
En él feliz y aparecer un día putrefacto
Cuando haga dos meses que no vacía su buzón,
Sólo porque no se tiene la costumbre de llamar a nadie
más que para consolidar una autoimagen de persona
Integrada en la comunidad y que organiza
Fiestas con cierto sesgo intelectual en su vivienda.
Todos los newyorkinos admiten ser desconfiados.
El ruido de ambulancias podría recordarles
Que, lejos del Manhattan codiciado, hay otros barrios
Y otras formas de morir, quizás la mía.

CASA DE L. PANERO EN ASTORGA.

Hacía frío por tu calle,
En corrientes de sol y viento hacia tu casa.
Nadie
Se nos cruza, total olvido.
Cables tendidos de lado a lado, portón
Como diente del tiempo descolgado
Y apenas
Se te asoma la fuente, aquel consciente atrezzo
Con el amorcillo en metal, él sí
No del todo abandonado.
La memoria dentro, de la madre
Y de los hijos,
Se lo lleva todo. La locura y la muerte
De los hijos, de la madre,
Como en confabulación, ya te han reescrito.

Se fue la madre de noche
Y a escondidas,
Como cuando les decía a sus niños
Que iba a por yogurt
Para que no llorasen más que un poco
Y as su regreso preguntaran
Si era de choco, de plátano o de fresa.

Miro el viento, agitando
Tu bata y tu pañuelo
Cuando sales de tu casa pequeña
En la montaña
A mirar si hay correo,
Y a nada más
Porque tienes la despensa bien provista

La muerte del joven es un asesinato
Siempre,
Aunque sea por causas naturales.
La muerte del joven es una violencia,
Es un asombro,
Un misterio,
Una blasfemia.

Para ir hoy al mundo
Llevo zapatos nuevos, en marrón
Y medias también nuevas, acanaladas.
Daré por supuesto que me aman
Y cuando vuelva a mi casa en la montaña
Eso tendré, durante unos días
En la memoria débil.

Hoy que es sábado tenemos un capitalito
De tiempo y de sueños convenientes,
Para rendirle un culto sacro a la memoria
Del futuro, que nos interrogará
Ciertamente, de cómo administramos
Escasez y plenitud, amor y miedo.

El fuego tiene ahora una lengua de perro,
Y ojos de perro manso,
Y modos de aquietarse como un perro
En el centro universal de la calma.
El fuego del hogar es ahora el ojo
Del gran perro inmóvil, del rojo tiempo
Que nos asiste siempre,
Que a nuestra voz se mueve.

PROPUESTA

A ver quién es hoy el más “moderno”,
Quién se ha declarado libre de la historia,
Quién desafía con mayor éxito la servidumbre
De la necesidad ajena, cuando exige
Una piedad molesta.
A ver quién pisa cráneos como si fueran rosas,
Quién desea más veces,
Quién más intensamente
Mi muerte,
Quién la logra.

OSARIO

La tierra se va formando muy lentamente,
Como los brazos y los dedos de un niño
Que crecen, silenciosos, en la gruta de su madre.
La hierba, a la tierra, le es
Un peso dulce y soportable.
Como las nalgas de un niño, acodadas
Sobre el trono de una pelvis palpitante.
La tierra que amasando en sus tinajas
El polvo de los huesos y las sangres,
Sopla en las flautas de las tibias
Y derrite espadas, y desata broches.
Sobre la tierra, los blandos pasos de las vacas,
De los caballos, son los mismos, siempre.
Y el viento.
Y la luz que ha venido,
Sin apenas mirarlos
En todas las edades.
Ese árbol es joven, y parece más antiguo,
Aún, que la propia tierra.
Las nubes van llegando del oeste.
Rebasan las colinas que no vemos
Y lo mudan todo. Mudan la vida entera.
Su cuerpo fuerte, cuando pasa,
Es la frase secreta, el alma de este mundo.

Verdaderamente, a mi conocimiento del mundo
Le es irrelevante que me quede
Aquí, en mi provincia ignota,
O que circule por Venecia, sus canales y sus plazas.

Para ti, navegante
En tu pasada marea también habrá
Estado suspendido aquel instante,
Que hoy es el mío
Entre el grito del cormorán, el viento eterno
Y la fuerte brazada de tu quilla en marcha.

MADRES EN LOS PARQUES

Centinelas, vigías, arúspices,
Estafadoras, sibilas y amantísimas,
Fueron abandonando aquellas plazas
De ilusión y cansancio fugaz repletas,
De la explosiva fijación de los ojos del niño
Sobre el dorso metálico de la hormiga.
Fueron quedando desiertas del monólogo
Que musitan las bocas infantiles,
Que sólo el viento,
Y ellas
Escuchan.
Fueron quedando abandonados toboganes,
Y columpios y areneros.

CONSTELACIONES

I. DUBHE (Ak, “el ojo” para los egipcios)

Y me gustaba contemplar tu azul
Troquelado, arriba de la tierra expuesta,
Cómo estabas observando y a la vez,
Hasta mi ventana en la montaña
Enviabas tus dedos y tu viento,
Ajeno cabalgando
En la luz que durante los milenios
De tu silencio, de mi silencio,
Arrojas sobre las praderas de la noche.
Entonces no me resultabas elocuente,
Ni tampoco mi juventud pedía nada
Que pudiera arrastrar a lo profundo
La angustia inmensa de la muerte
de los seres que amaba y que amaría.
Pero acabó el juego y comenzó la vida.
Y ahora yo, que, como madre,
Apaciento el rebaño limitado
De mis vivos, me opondré a ti,
Ya cadáver, refulgente,
Clavado a los nervios de los cielos,
Cínica roca deambulando en sus vacíos,
Aguardando su caos, que llegará
Porque es seguro el tuyo, que no el mío.

FII. DUBHE (Dubb, “el oso”)

El oso daba miedo,
Entonces.
El oso llevaba en su boca
Los cielos, como una presa.
El oso encaramaba
Al verdadero Norte
Los círculos fatídicos
De todas nuestras vidas.

¿Quién va a disputarle
Al oso, con otras garras fieras,
El orden y la muerte?

III. REGULUS (Basiliscus, "Pequeño rey")

Otra noche eres rey, y no te había
Con tu sucia capa de bruma descubierto,
Rodeado
De una corte sigilosa y poco alegre.
Formabais antaño tú y los tuyos
Tribunal
Inapelable que cerraba tras el cielo
Sordo las inmensas puertas,
Capturando las almas agotadas
Tras el hercúleo esfuerzo del morir.
Pero hoy, arruinada y triste dinastía,
Atrapada en liturgias y etiquetas de un palacio
Ya vacío,
Otra noche eres rey, y estás luchando
Contra mí, contra todo lo que alienta,
Sobre ramas como espadas en el frío
De la noche, en los jardines
burgueses de adosados innúmeros.

IV. REGULUS (Qual al Asad, "Corazón del León")

Para todos los que, sobre los grandes barcos
Amaron en su distancia la vida ajena.
Para aquellos que perdieron
El contento más sencillo, pero nunca
Se olvidaron de buscarlo.
Para todos los que, en el gran silencio
Besaron lo que les rodeaba
Hasta el último átomo:
Estáis escritos, sois recordados.

V. DENEB (con Vega y Altair forman el Triángulo del Verano)

Cada día del verano
Era más un delicioso engaño, tras el muro
Móvil y en salvaje azul de la orilla,
Donde acechan soles nuevos
Y tragedias esperadas
Con la frialdad de la abstracción
De una manta raya atrapada en la marea,
Y de su dolor por lo inapelable.
Cada día del verano era
Tras el paisaje de
Segundas residencias, de encantadoras
Tribus familiares, acampadas
En las playas, voceando forzadas
Palabras en inglés a los niños que buscan
Cangrejos muertos entre las rocas.

Cada día del verano era
Tras las bellas disciplinas que la holganza
Se impone
Para no tener miedo,
Para inútilmente administrar en sus redomas
El puro chorro de la vida,
Y dominarla así, despedazada
Sin fauces de realidad, y
Poseerla, y
Proscribir
La muerte.

VI. DENEB (Dahneb, "cola, estela")

Por el camino pendiente del verano,
Un jinete cabalga y va arrojando
Al que erguido le contempla,
Al que no quiere mirarle,
Y al que va, sonámbulo, a su vera,

Su vida en dardos,
Y va hiriendo,
e hiriéndose a sí mismo.

VII. ANTARES (Satevis, estrella real y custodia del cielo para los persas).

Tú me guardas, como una puerta
Separa a sus moradores, les impide
La entrada y la salida
De este mundo.

Tú eres como un espejo,
Más allá de mí,
Igual que la mañana a partir de la cual
Todo ha cambiado.

Antes de tí eras una noticia,
Un dato inscrito
Como el de mi nacimiento, conocido
Aunque en realidad más bien supuesto.

Hoy eres cita
Sonriente que anula las preguntas
Ya por siempre,
Y me emboca en torbellino a tu final,
Que es el principio.

VIII. ANTARES (“Anti Ares”, opuesto a Ares)

Una estrella que se combate a sí misma
Con el esplendor del autoconocimiento
Se parece tanto a ti, a mí
Que no puedo por menos que sentirme,
Inexplicablemente,
Serpiente única entre todas las serpientes.

Peana sin dios.
Amores perdidos, pastoriles.
La forma que se crea, que se sueña
en las entrañas
del vacío.

Mientras te tengo,
y me tengo
voy viviendo.
Prendida con alfileres,
va mi alma de la vida,
que sé que tendré que dejar,
seguro, a toda prisa.

No podría, otoño, confundirte
con la primavera.
Tus gritos de sol son más agudos,
el frío más perfecto,
la humedad definitiva,
el viento tiene lengua de hombre
que nada calla.

Pero da igual mi vida
si todo es repetición.
Ahora, por el camino,
de lejos, con el sol que esmalta
piedrecillas y polvo de los suelos,
ya presiento cómo acabará todo.

Supongo que cada poeta encuentra finalmente un lugar
desde el que imprecar al mundo con sus ocurrencias,
un blanco foro en el centro de una ciudad como las de Chirico.
En ese punto convocará a otros, igualmente enajenados,
caterva, jauría que no quiere
beber en los pozos de los otros.

Por el camino del invierno,
los perros ladran.
La obscuridad es elocuente,
está florida de señales.
Es una voz que nos congrega,
para dormir durante un tiempo largo
lleno de sueños.

Durante este último verano
acudimos repetidas veces a esta playa
que fue como un gran mundo sideral
y vacío, de rocas casi precámbricas,
que a pesar de todo nos acogía
entre sus grietas oscuras y esmaltadas
por el agua oscilante,
temporalmente retenida,
trufadas de anémolas granates y verduzcas,
simulando un mar en miniatura.
Mi hijo está sentado a la entrada
de este laberinto, sopesando las posibilidades
de cruzar este brazo del océano
esforzadamente.

A pesar
del papel dorado en las paredes,
de la cómoda barnizada y sus porcelanas antiguas,
de la habitación interior con camas gemelas para los nietos,
del moderno cuarto de baño alicatado en verde agua,
ésta no es una casa para quedarse,
esta casa no permanecerá,
esta casa será despojada como el tesoro por los bandidos.

Fuí a la cafetería imaginando poder sentarme en el silencio
y tomar un té con leche,
y leer el periódico del día,
y contemplar las modestas cumbres soleadas
desde el interior de la cristalera,

y cuando llegué el ruído me circundaba,
y no había periódico, y hacía frío,
pero esta leve decepción se erigió en nueva esperanza
y ahora quiero
encontrar esto mismo, recuperar su visión
eternamente.

Me deslizo sobre el sueño no dormido,
que me aparta, porque creo ahora que vivo,
de entender las cosas, de dejarlas forjadas,
alineándolas en calma, para que sirvan.

La absoluta, cósmica importancia
de los lugares poco frecuentados, o inaccesibles,
u olvidados.
La ruptura en escuadra de un camino
bajo el antiguo poste del tendido eléctrico,
junto al muro levemente vencido.
El abrevadero invadido de maleza,
a diario visitado por la escarcha
y el áspero vapor de las aguas subterráneas.
La alta colina herbosa donde pastan los caballos,
ella misma rotunda, cual sus grupas tremolantes.
Son cárcavas que conducen los deseos
a la fructífera sima del corazón que espera.

CANCIÓN DE NOVIA

Mira qué bien te sienta
esa camisa blanca.
Hace de tí como azogue,
reflejo móvil del agua,
sonrisa en plata-cuchillo,
sombra que al mundo aventaja.

Un regalo que llega,
secreto sin secreto,
en voces amables,
voces que cáen como las flores,
y sonrisas claras.

Niño confiado,
que duerme tras dejar su peso
preparado, para tomar mañana
sin tensar, el arco
de su rostro, que hacia el sueño
se ha girado.

Una libertad antigua
con que tomar los frutos
de los campos que maduran,
hollando seguro sus cercados.

MUSEO OCEANOGRÁFICO

No me inquieta ya
el no leer todas las cartelas de los moluscos disecados,
no seguir las exactas rutas en los mapas
o escudriñar forma y tacto de los objetos encerrados en las vitrinas.
Contemplo el vuelo azul de los peces
en su inmensa ampolla de agua iluminada
y sigo sus ojos,
hacia dónde se dirigen,
qué fuerza, pensamiento o emoción
habitará su mente antigua.
Los niños
saludan al buzo, se entristecen
si éste no los ve.
El museo es la playa de la vida,
cuando el tiempo, como el mar, va abandonando
sus artefactos.

Y la olla cayó de sus manos,
sobre la losa junto al hogar, y se quebró
en diez distintos trozos:
el asa, dos partes en la boca, tres de la panza,
cuatro en el fondo y sus paredes.
Cayó también la tarde, y la luna
sobre el albañal se reflejaba.
Mondas de frutas, huesos de cerdo, semillas
abrasadas recubren las partes de la olla
abandonada. Pasan las guerras y los años
y las muertes, junto a la casa,
y deja de ser refugio, sin techo, derrumbada.

FUEGO

Si al eterno fuego le queda algo por decir,
algo por escuchar,
será lo que su hija postrera, yo
espera reverente contemplar
en sus entrañas de madera, latiendo,
en su golpear de corazón anárquico,
su patear inquieto de perro,
su edificar de torres. Y ya he llegado
al interior del fuego.
Y ya no busco nada
en tus pétalos, espumas, en cenizas,
en el remanso que eres de playa del origen,
en las oquedades que tallas, impaciente,
en cualquier cuerpo.
Me vas diciendo, y nunca acabas.

Y la luna me acompañará
más tiempo que mi padre,
cuando, recuerdo que me dijo,
la luna es mentirosa,
como a él le contaron de pequeño.

CARRETERA SURCADA POR LAS SOMBRAS DE LOS ÁRBOLES

El pájaro que atraviesa
las copas que se imprimen allá abajo,
sobre mí que lo secundo
durante un instante.

MUJER QUE TEJE

¿En qué pensar?
¿Qué hacer?
En el ovillo, sobre el hilo de la vida,
cabo que al final
enmarañamos siempre.
En las urdimbres del caos, o en la trama
que sólo sabremos romper.
En el tiempo, en el esperar
su deshacer.

ERAS

Las eras, como tras de la tormenta
respiran, se arrancan
el aroma violento de la lucha, del amor
de la tierra y el hombre.
Las eras son violetas, son del color
de las monedas que por ellas pagarán los herederos.

ESTE VERANO QUE SE ESTÁ HACIENDO OTOÑO

Encontré la calma después
de haber muerto una veintena de veces,
después de, mirando las estoicas nubes,
haberme sentenciado más de cien.
En muchas ocasiones, como arena
en terca escapatoria,
la paz (¿y cómo se llama, este fruto de algo?),
entre los dedos, huyendo del faro del alma,
parece una criatura imposible,
que nunca haya existido,
mitológica acaso.
Sufrimiento, muerte, se escriben
con una sola letra, en un instante.
No quieren dejar rastro.